

la reformación de la sociedad, al llegar a esta conclusión Coughlin parece haber olvidado que la sátira en esta época se inscribe en la literatura costumbrista, y que los ataques a las costumbres antiguas no eran tantos en ese período. La norma era satirizar las costumbres nuevas que llegaban del extranjero y que parecían ridículas para la mayoría de los escritores⁵.

Quizás no pueda decirse que *La teoría de la sátira en el siglo XVIII* sea un texto imprescindible para el estudio de lo risible, y su exposición de las teorías recopiladas no parece tan profunda como para considerar que esclarece aspectos fundamentales para entender las ideas literarias dieciochescas. Aun así, tiene aportaciones importantes. Primero, da a conocer ideas y preceptivas de la sátira que tal vez no se habían presentado de manera sistematizada antes; además, constituye un buen compendio bibliográfico de las teorías principales sobre la sátira. Otra aportación importante son las descripciones metafóricas que recoge de los preceptistas neoclásicos españoles. Estas "definiciones" hablan de lo satírico como un "verso picante" (p. 13), algo que debe tener aguijón, punzar o herir vivamente (p. 49). Describen al satírico como alguien cuyos "...dientes sembrados en la tierra se convierten en serpientes, no sosiega mientras no está envenenando a los demás hombres" (p. 119). Este tipo de imágenes resulta más efectivo para comenzar la discusión sobre temas como lo risible, que se resisten a toda definición reduccionista por su ambigüedad inherente. Tal vez enfocarse en este tipo de descripciones podría dar más elementos para ilustrar el pensamiento literario de una época.

DANN CAZÉS
El Colegio de México

ÓSCAR A. DÍAZ, *El ensayo hispanoamericano del siglo XIX. Discurso hegemónico masculino*. Pliegos, Madrid, 2001; 204 pp. (*Pliegos de Ensayo*, 159).

La ficción, el carácter especulativo y el anhelo de aproximarse a la realidad desde uno de sus objetos hacen de la reflexión ensayística una reinención de aquélla; el ensayo crea o fortalece los caracteres por los cuales se interpreta el mundo y su sentido, y las aspiraciones que determinan valores y usos sociales. Allí se observan los referentes del tramado social: discursos ya hegemónicos, ya subversivos que integran el diálogo que es evolución cultural. Convencido de estos conceptos, Óscar Díaz analiza el discurso hispanoamericano del siglo XIX, cuyas

⁵ Véase JUANA VÁZQUEZ MARÍN, "Literatura costumbrista", en F. Aguilar Piñal, *op. cit.*, pp. 369-419.

formas literarias (cartas, discursos, relatos) son los ensayos de una América que se define y sueña.

El eje principal del estudio es la lectura sociocultural y material del género ensayístico a partir de los *inconscientes políticos*: fuerzas discursivas hegemónicas que al interactuar determinan el movimiento de la sociedad (idea recuperada de Fredric Jameson, *The political unconscious: Narrative as a socially symbolic act*). Los *inconscientes* se definen en tres horizontes semánticos: el primero corresponde a los niveles de *lectura histórica*, cuyas tres etapas Díaz clasifica, a su vez, en independentista, “constructivista” (por la creación de un discurso político fundacional, regente o antagónico respecto al orden en el que se ha originado), y la etapa de crisis decimonónica y anhelo de modernidad. El segundo horizonte corresponde al de los *ideologemas*: términos de un sistema de creencias “falso”, cuyas contradicciones manifiestan la lucha de clases —en específico, para el autor, la lengua, la nación, la raza y el género. El tercero, el de las *ideologías de la formas*, atiende al discurso hegemónico ya descodificado: mensaje simbólicos de fuerzas coercitivas que implican una estructura y un ideal, es decir el tramado discursivo que se llamó *nación* y que dejó fuera, o en concepción problemática, las “diversidades” susodichas. El enfrentamiento, la variación de discursos y la primacía obtenida marcan los cambios culturales. Esta oposición implica un *dialogism* que, en el plano entero de la cultura, es *polifonía*. De ahí la premisa del libro de analizar esta literatura desde sus contradicciones dialécticas que, en palabras concretas, se traduce en la idea de una actitud clasista criolla creadora de un discurso hegemónico contrapuesto a otro *periférico*, que casi brilló por su ausencia, producto de la tenacidad de los marginados (los no criollos, no hispanohablantes, extranjeros o mujeres), deseosos de hacerse presentes en el plano social.

Díaz hace materia de su estudio a los pensadores y “reinventores” de América: independentistas, juristas, reformadores, literatos. A su juicio, el discurso ensayístico de la primera etapa histórica pertenece por entero a la contracultura, es decir al discurso que animaba la rebelión enfrentado al hegemónico de la metrópoli. Pero es también el discurso fundacional del proyecto de nación; el momento de la emocionada imaginación de Vizcaro y Bolívar, que, en la segunda etapa se pone en marcha. Bello representa el anhelo de un mundo que inventa una palabra propia y eficaz (que apuntaría a una “normatización” social); pero el mundo soñado no incluía, no sabía incluir, *otro*, el que por su lengua, color de piel, género o afanes políticos impracticables —en algún momento, los conservadores— quedaba fuera. Allí se hizo notable la contradicción discursiva. La sociedad entonces requería fundarse también, abrirse un espacio en la estructura del liberalismo burgués. (La desigualdad social, por ejemplo, con el cambio del tiempo, habría de diluirse debido al mestizaje.)

En la tercera etapa de crisis —donde convivían la necesidad de modernización y la decadencia de los ideales ilustrados—, la solución fue el paso al sistema positivista. Los modos de producción debían coincidir del todo con la hegemonía. La naturaleza, símbolo del espíritu romántico, se materializó; es la época de Hostos, González Prada y aun de Martí. Díaz refiere las consecuencias de la violencia e intransigencia justificadas por los órdenes nuevos, por la búsqueda de identidad e integración nacional de los países latinoamericanos.

La revisión materialista sirve al autor para mostrar eficazmente la problemática ceñida a estos discursos, a fin de cuentas literarios. Es inevitable preguntarse si el análisis de un aparato ideológico es válido desde una ideología que, por momentos, considera la hegemonía como una construcción perversa y no sólo producto de la imaginación práctica del ser hombre, con los alcances que ello pudiera tener. Más aún, partir de una ideología ya historizada condena un pasado a otro pasado, e incluso a sus errores. Los aparatos epistémicos del marxismo se mecen en *El ensayo hispanoamericano* entre la precisión y objetivación (de la literatura como hecho cultural), y la imprecisión de una ideología trasnochada, a veces ocupada más en justificarse que en comprender los objetos de su estudio.

La motivación de este libro es entender mejor la realidad; los anhelos y traspies de una invención constante que es la cultura. Así, *El ensayo hispanoamericano* se coloca en la misma tradición de los textos que analiza, y expresa, asimismo, la necesidad de replantear constantemente los órdenes soñados para que no paren en pesadilla.

GABRIEL RAMOS
El Colegio de México

PASCALÉ CASANOVA, *La república mundial de las letras*. Trad. de Jaime Zulaika. Anagrama, Barcelona 2001; 475 pp.

Originalmente publicada en francés por Le Seuil en 1999, la investigación de Pascale Casanova intitulada *La república mundial de las letras* constituye, a nuestro modo de ver, un valiosísimo aporte al estudio de la historicidad de la noción de literatura y al de la constitución de ésta como ámbito específico de la actividad creadora. Pero representa al mismo tiempo una contribución de primer orden a la comprensión del funcionamiento de esta “república autónoma” en el marco actual de la globalización, por cuanto, en este campo como en otros, la dinámica particular del ámbito global no puede entenderse a cabalidad sino a partir de los procesos que lo han ido conformando.
